

# El bicho más raro de The Rolling Stones

Keith Richards es experto en sentencias lapidarias, aunque no necesariamente dignas de fiar: "Sin Charlie Watts no hay The Rolling Stones". En agosto de 2021, se anunció que, debido a problemas de salud, Watts no podría incorporarse al siguiente tramo de la gira No Filter; implícitamente, se sugería que Charlie volvería en cuanto recuperase sus fuerzas. No pudo ser: fallecería tres semanas después, con 80 años. Y los Stones retomarían la carretera como si nada grave hubiera ocurrido: con otro baterista, Steve Jordan, camarada de Richards.

Inevitable, me dirán. Lo único que afea ese mito de la pandilla-unida-hasta-la-eternidad es el hecho de que los Stones han sufrido deserciones: Mick Taylor y Bill Wyman (lo de Brian Jones pertenece a otra categoría). Y en ambos casos, no se

puede decir que funcionara la fraternidad entre colegas. Taylor y Wyman aspiraban a contribuir con canciones propias al repertorio rollingstoniano; en último caso, se conformaban con que se reconociera su participación en determinados temas. Pero nada: fuera cual fuera la génesis, todo salía firmado exclusivamente por Jagger-Richards.

Charlie Watts no tenía esos problemas de ego. Carecía de voluntad de componer y, menos, composiciones de rock. Se sabía el perro verde en el seno de los Stones: un enamorado del jazz, que solo escuchaba rock por casualidad o en el curso de su jornada de trabajo. Sin embargo, es posible que fuera más baterista que acólito del jazz. En el primero de los dos libros recién publicados sobre su persona, *Simpatía por el baterista: por qué importa Charlie Watts* (Li-

bros del Kultrum), Mike Edison explica cómo Watts fue estudiando a los bateristas del blues de Chicago, del soul sureño, del reggae jamaicano, de la *disco music*, hasta del punk rock. ¿Era lo que necesitaban los Stones o había también el pundonor del profesional que quería dominar las novedades? A partir de los años ochenta, usó su dinero para montar grupos de jazz que actuaban y grababan de forma intermitente. Hasta hizo un disco de, por falta de mejor etiqueta, música experimental, con su colega californiano Jim Keltner.

Mike Edison transmite un genuino entusiasmo por la música de Watts, aunque me temo que muchas descripciones solo tendrán sentido para bateristas profesionales. Pero el hombre se moja y se atreve con opiniones poco convencionales. Lo contrario de *Charlie's Good Tonight*, de Paul Sex-

ton, recién traducido y editado por HarperCollins Ibérica. Se trata de una "biografía autorizada", lo que explica que se pase brevemente por el periodo, durante los años ochenta, cuando se le agrió el carácter y se dedicó al alcohol y las drogas duras. Fue durante esa época cuando, se supone, atizó un puñetazo a Mick Jagger, tras una impertinencia del cantante.

Una lástima, ya que tales salidas de tono humanizan a un personaje al que cabe describir como un proyecto de aristócrata del siglo XIX. Su idea de la elegancia le llevaba a encargar docenas de zapatos artesanales —a 4.000 libras cada par— o comprar en una subasta dos trajes que pertenecieron a Eduardo VIII. Tenía mentalidad de coleccionista y, como diseñador gráfico, amaba los objetos bien hechos. Acumulaba discos, baterías históricas, armas de la guerra civil estadounidense, cartelería de jazz y un largo etcétera. Pensaba que era más sencillo entender el pasado que el presente. Nunca comprendió que alguien como él, un baterista minimalista, se llevara las mayores ovaciones cuando The Rolling Stones tocaban en los estadios.